

REFLEXIONES SOBRE EL
ACONTECER ECONOMICO NACIONAL

FRANCISCO JOSE CASTILLO CAMINERO

Cuando el señor Rector de esta prestigiosa entidad de educación superior, Lic. Rafael Damares Toribio, me cursó la invitación para que pronunciara el discurso de orden en este significativo acto, inmediatamente me cuestioné sobre qué podría hablarle a un grupo de jóvenes exitosos que hoy inician una nueva vida y que suelen estar acompañados en estas ocasiones de sus seres queridos que ven en este día concretarse el sueño que todo padre o mentor reserva para aquellos que son parte de su propia existencia y continuidad.

Pensé entonces preparar una exposición rigurosamente académica para ceñirme a la norma básica que guía nuestra querida institución y que sintetizamos en su elevada vocación de servicio a la comunidad y en su reconocida excelencia académica. Pero, en realidad, quizás por facilidad o por entender que es preciso que la nación dominicana haga cada día más conciencia y reflexione sobre su porvenir, opté por prepararles algunas palabras sobre nuestro acontecer económico y más aún sobre el escenario que se nos presenta si echamos una mirada al año dos mil, ya no tan lejano.

Discurso de orden pronunciado en ocasión de la undécima promoción del Instituto Tecnológico de Santo Domingo, Hotel Dominican Concorde, 19 de octubre de 1985.

La República Dominicana de hoy, a mi entender, es una nueva nación, aquejada de problemas, enfrentada a grandes retos, pero indefectiblemente en el umbral de grandes acontecimientos para su renovación y, sobre todo, a la que se le presenta una gran oportunidad.

El regreso a la democracia en 1961 nos trajo grandes esperanzas, pero también nos alimentó expectativas, en algunos casos, un tanto ingenuas.

La economía dominicana desde entonces ha sufrido profundas modificaciones, pero en todo ese lapso no hemos sido capaces de poner en marcha un proyecto estratégico de desarrollo que no sólo enfrente nuestra problemática de corto plazo sino que también actúe sobre las principales variables económicas y sociales que indefectiblemente tienen efectos en el mediano y largo plazo.

Hemos estado mucho tiempo, yo diría demasiado tiempo, inmersos en el corto plazo y en la solución de los problemas de coyuntura.

Los dominicanos vivimos hoy un proceso que los economistas calificamos de ajuste estructural y de reordenamiento de nuestras estructuras productivas. Situación similar también viven otras sociedades latinoamericanas. Este proceso implica una reasignación de todos los recursos de la sociedad y de la distribución del ingreso.

La economía dominicana ha registrado el deterioro más pronunciado en sus términos de intercambio de los últimos cincuenta años. Nuestras reservas internacionales netas descendieron a niveles insostenibles y nuestras posibilidades de atender honradamente los compromisos contraídos con el exterior se han dificultado enormemente. Por estas razones, el país acudió a un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional y a la renegociación de su deuda externa, pública y privada, con la esperanza de reestructurar internamente la economía durante el período de desahogo que dicha renegociación contempla.

Las presiones sociales y las exigencias de una sociedad cada vez más grande han aflorado y se constituyen hoy en uno de nuestros más agudos problemas y a la vez desafíos.

Hemos estado viviendo en una sociedad cimentada sobre bases artificiales y que no se adapta a las modificaciones que se han estado produciendo en el escenario internacional, esencialmente en lo que concierne al sistema monetario y financiero.

A todo esto yo agregaría que, como sociedad en desarrollo interconectada con ese sistema de relaciones económicas internacionales, también sufrimos los efectos de lo que son, a mi juicio, los

tres más importantes problemas en los que hoy día se debate la humanidad:

1. La ausencia de un entendimiento explícito entre las dos grandes super-potencias nucleares, esencial para una paz mundial duradera;
2. La ausencia de concreción en el diálogo norte-sur, un objetivo invaluable de equidad y justicia internacionales; y
3. La ausencia de medidas efectivas que enfrentan el problema de un crecimiento demográfico cada vez más explosivo y de difícil contención a través de medidas aisladas.

Los dominicanos hemos perdido mucho tiempo en lamentaciones, recriminaciones y estériles debates políticos. Reconozco, como afirman también muchos historiadores, que ese ha sido ancestralmente nuestro estilo de vida, y que nuestra sociedad, contrariamente a lo que ha primado en las naciones de avanzada y de significativo desarrollo científico y tecnológico, es poco propensa al diálogo y a la concertación.

Estamos irremisiblemente inmersos en un proceso de cambios y la salida de ustedes de estas aulas que les han acompañado durante estos años de estudios, se produce en una época de gran fluidez en el debate sobre el desarrollo nacional.

Aun con todos nuestros problemas, el país está en pie y contrariamente a lo que opinan algunos actores sociales, tenemos grandes retos pero formidables oportunidades.

El crecimiento económico de la nación dominicana no podía continuar basándose en el esquema que rigió la economía internacional entre la segunda guerra mundial y el principio de la década de los setenta. Creo que esta es una verdad incontrovertible.

Por muchos años pospusimos la adopción de medidas que hicieran más permanente y estables los motores del desarrollo nacional. Mientras el sector externo de la economía dominicana no entró en crisis, fue posible sostener nuestro proceso de crecimiento económico sobre bases esencialmente artificiales, aunque justo es reconocer que el país cambió y su perfil de Estado se modificó en los últimos 20 años.

Pero la realidad hoy es otra. El país requiere, precisa, le es indispensable, enrumbar su economía hacia los sectores que generen y ahorren divisas, ya que dada la gran apertura y vulnerabilidad externa de nuestra economía, para continuar creciendo tenemos que poder contar con divisas para adquirir en el exterior los bienes de

capital y la tecnología que harán posible la diversificación productiva de la nación y permitirán que compitamos adecuadamente en un mercado internacional exigente y de gran sofisticación.

Por otra parte, no menos importante, la nación dominicana tiene que enfrentar exitosamente los problemas del desempleo y subempleo y estabilizar su tipo de cambio a niveles razonables para hacerle frente al proceso inflacionario que, como resultado inicial del ajuste estructural, se siente en todos los estratos sociales, si es que deseamos preservar el tejido social del país.

Para alcanzar exitosamente los objetivos antes mencionados es imprescindible que la economía dominicana incremente de manera significativa sus exportaciones, para lo cual nos urge un aumento sostenido de la producción nacional.

Dentro de este contexto a la iniciativa privada, incluyendo a las universidades, le tocará desempeñar un rol protagónico.

El Estado, a través de su expresión político-administrativa que es el gobierno, es el principal responsable de fortalecer el clima de negocios e inversiones para que los dominicanos incrementemos la tasa interna de formación de capital, mediante el proceso de ahorro e inversión y para que fluya una mayor inversión extranjera sana hacia el país.

En este escenario, la cooperación internacional es imprescindible, ya que, como he mencionado en otras ocasiones y lugares, "a un país de recursos limitados como el nuestro, sin ese concurso le sería sumamente difícil y traumático volver a alcanzar los niveles de crecimiento de años pasados".¹

Por otra parte, nuestros dirigentes políticos y hombres públicos deben concertar y convenir que hay aspectos particulares de la política económica nacional que forman parte de lo que podría denominarse nuestro gran interés estratégico de desarrollo nacional y que esas políticas deben ser **suprapartidos** y primar ante todo, no importa quien esté ostentando y representando en el Palacio Nacional la voluntad soberana del pueblo dominicano.

Aspectos tales como la política energética, la política agrícola y determinados instrumentos de orientación de la inversión, deben estar por encima de los cambios que constitucionalmente establecen nuestra carta magna. Estos factores deben desempeñar la función de parámetros que como se les reconoce en el mundo de las ciencias exactas sólo varían gradual y armoniosamente en el tiempo.

¹Castillo C., Francisco Jose. **Los empresarios, la toma de decisiones y el desarrollo nacional**. Conferencia pronunciada el 10 de agosto de 1985 en el Hotel Lina, p.32.

Desearía compartir con ustedes algunas preguntas: ¿Se requiere o no una política energética coherente y consistente para que aumente nuestra producción nacional, básicamente alimenticia? ¿Es o no un imperativo nacional que nuestra producción de alimentos pueda satisfacer los requerimientos de una población cada vez más exigente? ¿Debemos estimular o no al productor nacional para que el país no tenga que gastar divisas en alimentos que muy bien podemos producir internamente, o por el contrario es justo que continuemos subsidiando a productores externos y en consecuencia exportando empleo e importando inflación?

Sólo son unas pocas inquietudes entre las muchas otras que a diario escuchamos y que se relacionan con nuestra sugerencia de instrumentar políticas concertadas y suprapartidos.

El señalamiento anterior no es nuevo y de llevarse a cabo no sería privativo de la República Dominicana.

En los Estados Unidos de América hay política ratificadas por el Congreso de esa nación que se instrumentan desde hace años con el respaldo de los partidos republicano y demócrata. Un área específica es el campo de su política exterior y en lo que concierne a programas particulares de asistencia técnica y económica para el desarrollo.

En otras latitudes geográficas los modelos administrativos del Estado están basados en la concertación y en la participación mancomunada de los diferentes actores sociales en las políticas económicas. Tales son los casos del Japón y Alemania, países que paradójicamente fueron destruidos y vencidos en la última guerra mundial y que sin embargo son hoy ejemplo de naciones competitivas y de alto desarrollo científico y tecnológico.

El secreto de estos países ha radicado en el modelo de concertación gobierno, empresarios y trabajadores los cuales alimentados por el acervo cultural, científico y tecnológico de sus universidades definieron proyectos nacionales e identificaron los sectores estratégicos que serían los motores del crecimiento y desarrollo económico de esas sociedades.

Creo que huelga citarles que ambas naciones compiten ventajosamente en muchos rubros con la principal superpotencia capitalista del mundo occidental en áreas como la electrónica, el acero, navegación, microprocesadores, ingeniería genética, para no citarles más que unas cuantas ramas de la actividad económica.

Más próximo a nosotros tenemos a Costa Rica, país que también vive un doloroso proceso y dramático ajuste estructural y en donde se instrumenta un modelo de política económica concertado entre los sectores público y privado, incluyendo en este último a

los trabajadores, las universidades y las asociaciones solidarias y cooperativistas que funcionan en ese hermano país.

Se nos informa que allí no se ha producido una ruptura del tejido social gracias a esa alianza, aunque es justo reconocer que en ese país centroamericano se cuenta con mayor equidad social que en el nuestro.

Al visualizar el escenario del año 2000 y a pesar del doloroso proceso de ajuste que vivimos, mi impresión es que la sociedad dominicana tiene grandes posibilidades y que aunque carecemos de un proyecto nacional concreto, las nuevas realidades que vive el mundo y muy en particular la América Latina y su grave problema de deuda externa, nos conducirán irremisiblemente hacia un proyecto social estratégico, siempre y cuando los dominicanos hagamos conciencia de que la potencialidad que tenemos y la oportunidad que se le ofrece al país depende esencialmente de nosotros.

En lo pragmático, las teorías del desarrollo económico y la dependencia, a mi entender, juegan un papel menor que la dependencia psicológica que puedan tener los integrantes de una nación civilizada en cuanto a la viabilidad de su destino, ya que el desarrollo de un país reside en sus hombres.

La economía dominicana se está moviendo desde una sociedad basada en sus actividades tradicionales, esencialmente el sector primario, hacia un sector moderno de transformación y un aprovechamiento más intensivo del sector terciario.

Las zonas francas, el desarrollo turístico, la agroindustria de exportación y la minería continuarán creciendo y desempeñando un papel cada vez más destacado en el desarrollo nacional, acompañados de un proceso eficiente y selectivo de sustitución de importaciones. Los empleos que estas actividades han creado y crearán, la generación y ahorros de divisas que las mismas producirán, conjuntamente con una importancia creciente de los dominicanos residentes en el exterior, se perfila como altamente promisorio.

La transformación progresiva de la mentalidad empresarial y su aptitud para adaptarse a nuevas realidades nacionales está constituyendo un elemento esencial del progreso de reordenamiento de las estructuras económicas del país.

Es obvio que este cambio no se está produciendo a la velocidad que las circunstancias requieren, pero esto se debe a que la nación dominicana no tenía ni la experiencia ni la preparación ni la capacidad para enfrentar con tal rapidez un proceso de ajuste estructural de la magnitud del que vivimos. Sin embargo, a pesar de los tropiezos y las dificultades que todo ello conlleva, me arriesgaría a afirmar que las fuerzas productivas del país están reaccionando adecuadamente.

La clave del proceso de reordenamiento económico que vivimos y la necesidad de que lleguemos al año dos mil con una mejor calidad de vida para todos los dominicanos, reside en el nivel de inversión que la nación dominicana como un todo destine a ese proceso de renovación y en la solución que encontremos a nuestro problema de gerencia y de concertación a través del diálogo en búsqueda de un consenso nacional.

De ahí que el ambiente y las expectativas que rijan en el mundo de los negocios sea vital para el logro de tales objetivos.

Esto nos conduciría a examinar más de cerca el papel que desempeña la inversión privada en el desarrollo nacional, lo cual como es lógico suponer sería tema central de otra charla; pero no deseo dejar de señalarles que creo que la misma está llamada a jugar un rol de primer orden en los años venideros, sobre todo si analizamos las reales restricciones que tiene el sector público en materia de recursos disponibles.

Para que los dominicanos nos adentremos en el siglo veintiuno sin preocupaciones angustiosas y para que las generaciones venideras cuenten con una nación más próspera y promotora, tenemos hoy que decidir sobre cuál será el grado de intervención que tendrá el Estado en el desarrollo nacional, básicamente a través de sus empresas industriales, comerciales y de servicios.

La economía dominicana ya no es hoy esencialmente azucarera. Los precios internacionales deprimidos del que fuera hasta hace poco nuestro principal generador de divisas y las discutibles prácticas proteccionistas de países desarrollados, nos llevan a la conclusión de que es necesario adoptar medidas rápidas e inteligentes en torno a la industria azucarera.

Debemos enfrentar la amarga realidad de nuestro ya no tan dulce sector, y planificar el desarrollo de una verdadera agroindustria de la caña de azúcar.

Durante muchos años la industria azucarera constituyó el sector vertebral de nuestra economía, siendo el azúcar el principal producto de exportación, generando más del 50% de las divisas y siendo además el mayor sector generador de empleos.

Hoy día, es aún el principal empleador; sin embargo, su importancia como exportador ha disminuido notablemente debido, por una parte, a la excesiva baja de los precios del azúcar en los mercados internacionales y, por otra, a la gran disminución de los volúmenes de importación de nuestro principal comprador.

Si agregamos a estos hechos los efectos del aumento en los costos de producción, que hacen antieconómica esta actividad,

llegamos a la conclusión de que posiblemente la diversificación de la agroindustria cañera sea su única salida.

La caña de azúcar es un recurso renovable y abundante que cuenta con grandes extensiones de tierras dedicadas a su cultivo, cuya cosecha y procesamiento es una actividad en la cual indiscutiblemente tenemos experiencia.

El proceso de diversificación en el país, en su fase industrial, se inició hace ya algún tiempo con la producción de furfural, ron, energía eléctrica y levadura. En su etapa agrícola, el CEA específicamente ha llegado a acuerdos concretos y están en ejecución proyectos para producir piña, palma africana y en menor medida cítricos, víveres y otros productos alimenticios. El sector privado también está haciendo lo propio en tales áreas.

Las perspectivas del sector azucarero podrían mejorar si ampliamos la cobertura de este proceso y la diversificación también se fundamenta en el uso más racional de la caña de azúcar como materia prima, mediante el aprovechamiento integral de los subproductos de la fabricación del azúcar y la producción de derivados, algo de lo que se viene hablando en este país desde hace mucho tiempo y que ha sido posible en otros países de la región. Lamentablemente, nosotros hemos hecho muy poco en esta área y nuestra industria está en una precaria situación.

¿Por qué no realizar un estudio integral y exhaustivo de las diferentes posibilidades de este sector e interrelacionar los proyectos que del mismo podrían derivarse y decidir entonces, en base a un análisis beneficio-costos y de conformidad con la estrategia de desarrollo que a nivel macroeconómico instrumente el país, cuáles de ellos deben ejecutarse o cuáles definitivamente deben descartarse?

Sabemos que es tecnológicamente factible fabricar pulpa, papel, tableros prensados, alimento animal, alcohol, L-lisina, glutamato monosódico, por mencionar sólo unos cuantos de la amplia gama existente. Sabemos que muchas de las tierras hoy dedicadas al cultivo de la caña podrían ser destinadas a otros propósitos, ya que el costo de oportunidad de las mismas es elevado si tomamos en consideración el criterio de ahorro neto de divisas.

Estudemos, pues, en el muy corto plazo la viabilidad económica de embarcarnos en una diversificación azucarera en gran escala, estudiemos los posibles mercados con los que contaríamos y fortalezcamos definitivamente las condiciones para que inversionistas nacionales y extranjeros se interesen en este sector prácticamente inexplorado, de potencialidad considerable, principal empleados del país y cuyo desarrollo requiere indefectiblemente de fuertes aportes de capital que en muchos casos no disponemos.

Esta limitación de capital para llevar a cabo muchos proyectos que resultarían de la diversificación azucarera, unida al hecho de que el flujo de préstamos e inversiones extranjeras directas no se asemeja a la registrada en décadas pasadas, es lo que ha inducido a muchos especialistas a pensar que en esta coyuntura es preferible diversificar el uso de las tierras dedicadas al cultivo de la caña y en una etapa posterior, más favorable, pasar entonces a una diversificación integral cuando las condiciones de la economía mundial mejoren.

Si tenemos recursos valiosos, como grandes extensiones de tierra, la caña, los ingenios, los trabajadores y técnicos azucareros, el bagazo y la melaza, aprovechémoslos.

Todo esto podría ayudarnos a enfrentar con mayor éxito las graves dificultades por las que atraviesa el país en general y la industria azucarera en particular, asegurando puestos de trabajo para muchos dominicanos, aumentando las exportaciones no tradicionales, sustituyendo importaciones, incrementando los ingresos en divisas y por ende, haciendo aún menos doloroso el camino hacia la recuperación económica de la nación dominicana.

Distinguidos egresados, señoras y señores, estamos aquejados de graves problemas, pero estoy completamente convencido de que tenemos extraordinarias oportunidades. En nosotros todos está la solución.

Debemos redoblar la lucha y derrotar el derrotismo que existe en algunos segmentos de nuestra población.

Aprovechemos la oportunidad que nos ofrece nuestra privilegiada ubicación geográfica próxima al mercado más sofisticado, más competitivo y de mayor ingreso y que cuenta con programas particulares para el acceso preferencial al mismo de los productos de nuestra subregión. Aumentemos nuestra capacidad negociadora, único instrumento idóneo para alcanzar objetivos constructivos en un mundo de recursos escasos como el que vivimos. Hagamos un uso inteligente de la cooperación internacional visualizando con objetividad el marco geopolítico en que nos desenvolvemos.

Creo que el mejor homenaje que pueden ustedes rendir a su propio esfuerzo, al de sus padres y a la sociedad que les ha brindado la oportunidad de pertenecer a las clases pensantes, es participar activamente en este proceso de cambios en que nos encontramos, ya que estoy seguro que entre ustedes hay muchos que se convertirán en verdaderos hacedores de políticas y formarán parte de esa clase dirigente responsable que enrumbará la nación dominicana por derroteros de superación económica y social.